

TEXTO 5

Campeón gabacho

Aura Xilonen

(Texto adaptado)

La librería está patas arriba. Toda destruida. El jefe ya está levantando un librestante y empieza a recoger los cadáveres de los libros deshojados.

La librería parece la calle del parque Wells en el otoño, arrebuja de hojas rotas, cientos, alfombrando el piso. Algunos libros hasta parecen haber sido asesinados a cuchilladas, a palos, con los dientes, a dentelladas; por aquí y por allá se miran amputados, como si un cohete les hubiera hecho estallar las tripas y el lomo.

Yo no sé qué hacer, así que no hago nada. Sólo me recojo de hombros otra vez y comienzo a levantar lo que tengo más de cerca. Acomodo una mesa y sobre ella desparpajo un bochinche de libros que conchabo del suelo. “Los libros sangran”, me dijo mi jefe cuando me recibió el primer día ahí, en la librería, porque necesitaba alguien muchacho y muy barato para meterse por las grietas de la librería para limpiarlo todo, ayudarlo en todo: a treparse en las paredes como alacrán para subir o bajar petulancias escritas; a cargar cajas de libracos y llevarlas a la bodeguita para agusanarse más lento, como se agusanan todos los libros; a sacudir y acomodar el local.

—Chivato, ¿qué sabe de libros? —me dijo aquella primera vez en que le pedí trabajo.

—Nada, señor —respondí.

—¿Cómo que nada, chivato? No será pendejo, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Y entonces qué sabe de libros? Recuerdo que me quedé mirando su tienda atestada de librillos hasta el techo, y sólo le dije lo primero que se me ocurrió en ese momento: —Que estorban mucho, señor.

Ahí lo escuché por primera vez reír.